

**SOBRE LOBOS Y PSICOANALISTAS:
SOLEDAD, PERTENENCIA E INNOVACIÓN EN PSICOANÁLISIS.**

Wilson Franco (*)
Daniel Kupermann (**)

Comprendió que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro. Comprendió que las jinetas y el uniforme ya le estorbaban. Comprendió su íntimo destino de lobo, no de perro gregario; comprendió que el otro era él.
Jorge Luis Borges, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”

PRESENTACIÓN DE LA PROPUESTA

Creado inicialmente a partir de las investigaciones de Freud, el psicoanálisis se organizó rápidamente en torno a un grupo (desde 1902, la Sociedad Psicológica de los miércoles) y más tarde en una Asociación (desde 1910, la Asociación Psicoanalítica Internacional). La Asociación, hoy mundialmente conocida como IPA, mantuvo durante algún tiempo el control sobre lo que es o no es psicoanálisis, pero a partir de la década de 1950 otras instituciones no vinculadas a la IPA comenzaron a declararse instituciones para la formación de psicoanalistas, de forma tal que hoy en día encontramos una serie de instituciones heterogéneas que se proponen formar psicoanalistas.

Además de ello, hay un número creciente de personas que, sin haber pasado por un proceso de formación en ninguna institución, se autodenominan psicoanalistas porque entienden que han cumplido todas las condiciones necesarias para ello¹. Se puede suponer que la historia de la institucionalidad psicoanalítica es una historia convulsa por numerosos factores, pero en este artículo pretendemos centrarnos en un aspecto específico: el peculiar papel que juegan la soledad y el aislamiento en el psicoanálisis. Para ello, pretendemos comparar la forma en que los psicoanalistas hacen uso de la idea de estar solo o aislado y el papel que juega en el contexto de su relación con la comunidad psicoanalítica.

INTRODUCCIÓN.

Freud repite el argumento una y otra vez: está y siempre ha estado solo en nombre del psicoanálisis, su creación y de la cual es responsable; innumerables veces relata cómo se siente solo, cómo le pesa el hecho de ser el único responsable de la creación del psicoanálisis²; a menudo recuerda cómo nació el psicoanálisis en años de “espléndido aislamiento”³. Se sabe cuánto de este discurso es sintomático en Freud -la historiografía es lo suficientemente rica como para dejar claro que Freud *aseveraba* el discurso y la condición de soledad. Esta soledad, de hecho, parece fundamental en la experiencia fundacional del psicoanálisis. Y no es casualidad que Lacan, el Lacan del “regreso a Freud”, sitúe sus gestos institucionalizadores como emanados de su soledad (“tan solo como siempre lo he estado ante la causa analítica...”⁴); después de todo, es de la soledad que Lacan será freudiano, es la soledad de Lacan lo que lo convierte en un freudiano -el freudiano-heredero de Freud: “De ti depende ser lacaniano, si quieres. En cuanto a mí, soy freudiano”⁵. Se trata de un filoso corte de cuchillo: por un lado, la soledad, el honor y la gloria de los portadores del psicoanálisis, y por el otro lado, la adhesión gregaria y la pertenencia a la sombra de la mirada vigilante del maestro solitario.

Toda institución está marcada por ambigüedades, y toda pertenencia institucional conlleva una dimensión de ambigüedad por parte de sí misma: sabemos que el discurso de “llevar camiseta” tan venerado en las empresas es mucho más performativo que espontáneo y genuino (lo que no evita que sea eficaz);

sabemos que no existe una institución homogénea, en la que todos sus miembros se sientan unidos y plenamente representados. Aun así, considerando esta característica compartida por las instituciones en general, el psicoanálisis parece imponerse sobre sus instituciones y sobre la institucionalidad que propone peculiaridades -las instituciones psicoanalíticas están marcadas por la peculiaridad de la “cosa” analítica. Una serie de aspectos contribuyen, a nuestro juicio, a esta peculiaridad: el hecho de que el psicoanálisis está marcado por la experiencia de lo inconsciente, lo que hace más compleja la relación de la institución con el conocimiento y el control; las peculiaridades de la afiliación a la institución psicoanalítica, marcadas por el trípode analítico y los dispositivos institucionales (pase, análisis didáctico y otros); las peculiaridades de la afiliación teórica a los autores de referencia, cruzadas por las afiliaciones al analista personal, supervisor y pares; Estas y ciertamente muchas otras peculiaridades de la institucionalidad psicoanalítica hacen que la relación de los psicoanalistas con sus instituciones sea bastante compleja y multifacética.

Existen muchos estudios y líneas de investigación en este vasto campo⁶; en el presente estudio, nos interesa un esquema muy específico de este amplio tema: el de las instituciones y el de la institucionalidad psicoanalítica en un sentido amplio, con los psicoanalistas “al margen” -los salvajes, los independientes, los disidentes, los no-perteneciente. El estudio de este tema nos parece digno de mención en la medida en que vemos que el psicoanálisis impone a esta relación peculiaridades propias a ella: si en las instituciones “tradicionales” (empresas, clubes...) la relación de la institución con sus “marginales” es relativamente simple, en el caso del psicoanálisis ciertamente no lo es: incluso nos parece que en el psicoanálisis la idea misma de que los marginales están en los márgenes no opera con tanta claridad.

UNA DEFINICIÓN DE “LOBO SOLITARIO”

En 1978, Anna Freud hacía pública su comprensión de la “trayectoria caracterológica” de los psicoanalistas a lo largo de las primeras generaciones:

Quando examinamos las personalidades de quienes por autoselección constituyeron la primera generación de analistas, sus características dejan pocas dudas: eran inconformistas, críticos, de esos que no se conformaban con los límites impuestos al conocimiento. Entre ellos había soñadores y otros que conocían el sufrimiento por haberlo vivido. Este tipo de reclutamiento ha cambiado radicalmente desde que se institucionalizó la formación psicoanalítica, [...] la autoselección dio paso a un examen minucioso de los candidatos -de ahí la exclusión de los sospechosos de alteraciones mentales, excéntricos, autodidactas, grandes imaginativos, en beneficio de quienes, bien acomodados y bien preparados, son lo suficientemente trabajadores como para aspirar a una mayor eficiencia profesional⁷.

Cabe señalar, de partida, que el juicio de Anna Freud parece estar dotado de una buena dosis de esquematismo: y aunque reconozcamos en la referencia principal de su comentario -de que la primera generación de psicoanalistas en la comunidad médico-intelectual de la época estaba compuesta básicamente por “excéntricos” y “grandes imaginativos”, y de que unas décadas después, las instituciones psicoanalíticas estaban pobladas básicamente por “adaptados” o “trabajadores”- también podemos reconocer que entre los miembros de la primera generación había una buena dosis de subordinación y supervivencia, al mismo tiempo en que encontramos -durante la época en que Anna Freud escribe- psicoanalistas inventivos, críticos e inconformistas. Para esta esquematización parece haber una explicación simple: durante la época de la composición de esa primera generación, los “inconformistas” se unieron contra el conformismo que estaba representado por el no reconocimiento o no aceptación del psicoanálisis, mientras que en la generación a la que Anna Freud se refiere el juego entre el conformismo y el no conformismo se complicó por el hecho de que dentro del psicoanálisis había un conformismo paralizante a disposición y actuando sobre la formación y sobre los psicoanalistas.

En busca de una mayor claridad sobre este aspecto, conviene recordar un gran libro sobre el inconformismo: *El lobo estepario*, de Hermann Hesse⁸. Desde su publicación, este libro ha inspirado a generaciones que

vieron en el lobo estepario al representante de la libertad, y del enfrentamiento con la moral burguesa, siendo un texto escrito contra el conformismo y la eficiencia profesional adaptativa; Hesse narra las aventuras de un hombre en conflicto, dividido internamente: “con nuestro Lobo Estepario sucedía que, en su conciencia, vivía a veces como lobo, a veces como hombre, como ocurre con todos los seres mestizos”⁹. Harry, el hombre de la estepa, era un burgués¹⁰, pero no quería serlo, y sentía que en su fuero íntimo realmente no lo era, reconociendo en sí mismo el gruñido de un lobo estepario siempre desafiándolo (como burgués) y cautivándolo (en tanto un lobo). El lobo aspira a la liberación, a la destrucción incluso de toda sombra de conformidad y adaptación, suponiendo que así se realizaría su naturaleza más íntima¹¹; el hombre, en cambio, representa la adaptación a la moral y las buenas costumbres, a los pequeños placeres conferidos por nuestra sociedad burguesa, y a la seguridad y previsibilidad. Tenemos entonces aquí, el conflicto entre la cobarde adaptación a lo viejo en conflicto con la búsqueda deseosa, renovadora y liberadora de lo nuevo, en donde una necesariamente suprimiría a la otra. Algo semejante opera en el diagnóstico caracterológico de Anna Freud: la valiente primera generación de psicoanalistas ‘lobos esteparios’ habría cedido el paso a los burgueses comerciantes; si Anna Freud critica a los psicoanalistas sumisos de su generación, por otro lado, se debe que recordar que ella representa al *establishment* y, por lo tanto, es probable que su lectura de la cobardía de los psicoanalistas refiera a un conflicto, ya que ella ciertamente no quería el ataque de lobos solitarios destruyendo la API o la estabilidad de las prácticas clínicas e institucionales del psicoanálisis consolidado. Debajo de la lectura del “heredero al trono” se puede sentir la lucha íntima: ¿mantener el orden y mantener el confort y las garantías y la seguridad, o buscar la libertad y la renovación y rescatar el valor íntimo de la naturaleza misma que se busca?

Es evidente que no es necesario recurrir a Anna Freud para encontrar este tipo de lectura dicotómica *-grosso modo*, incluso, en la cual se trata el “espléndido aislamiento” de Freud y la “soledad en la que siempre se ha estado” de Lacan. La primera generación de psicoanalistas, inconformistas e inquisitivos, pudo también haber visto en el psicoanálisis la estepa en la que su lado lobo podía prosperar y aullar a la luna; sin embargo, la historia del movimiento psicoanalítico revela que, si lo bien lo llegaron a hacer, igualmente en varias ocasiones intentaron ballar como ovejas y organizarse en manada. Debe, por otra parte, reconocerse que el psicoanálisis como gesto cultural tenía su vertiente esteparia -a la que Freud llamaba una “herida narcisista” impuesta a la humanidad¹², y que Lacan llamó la “plaga” -teniéndose en cuenta que el horizonte revolucionario del psicoanálisis no otorga a los psicoanalistas la condición de revolucionarios (ni mucho menos)¹³.

Curiosamente, sin embargo, el libro de Hesse trata con bastante claridad la simplificación desconcertante y la falacia de este tipo de polarización (hombre burgués bien adaptado versus lobo estepario): “Harry [el nombre del lobo estepario] no se compone de dos, sino de cien o de mil seres. Su vida (como la vida de cada uno de los hombres) no oscila simplemente entre dos polos, como el cuerpo y el espíritu, el santo y el libertino, sino entre mil, entre innumerables polos”¹⁴. No necesitamos suscribirnos a la psicología mística de Hesse para estar de acuerdo con él en que la polaridad “burgués adaptado versus lobo salvaje libre” es demasiado esquemática. Así, vemos que la primera generación de psicoanalistas a la que se refiere Anna Freud, así como Freud o el propio Lacan, tuvieron sus inclinaciones adaptativas y normativas, sus inclinaciones inconformistas y cuestionadoras, y varias otras inclinaciones componiendo una praxis que nos corresponde a nosotros evaluar como podamos. Es evidente, que formulada en estos términos, la pregunta sobre el lobo estepario y/o el lobo solitario puede disolverse en el relativismo: “a fin de cuentas, todo el mundo es un lobo y todo el mundo es un burgués...”. Bueno, no es de eso, en absoluto, de lo que se trata aquí. Se trata, eso sí, de la premisa de que los gestos culturales con vocación revolucionaria no garantizan a sus adherentes un carácter revolucionario, mientras que la resistencia a ese gesto tampoco confiere a su portador el carácter de conservador (tal como insinuaba Freud sobre quienes no adherían o no estaban de acuerdo con el psicoanálisis). Esto, por otro lado, no niega la percepción de que el hombre social tiende a apropiarse del tesoro cultural de su tiempo de una manera que confiere a la singularidad de su praxis un matiz más crítico, inconformista, conservador, reaccionario o tantos otros, y de que su praxis puede adquirir diferentes matices a lo largo del tiempo o en diferentes estratos de su acción social. Recordemos, por ejemplo, a Freud: si la

creación del psicoanálisis y su defensa le confirieron la condición de una especie de líder revolucionario, sus estrategias para sostener el movimiento psicoanalítico y sus posiciones como ciudadano de su tiempo ciertamente tuvieron un sesgo más conservador. Dejemos atrás, por tanto, las pretensiones totalizadoras: ningún psicoanalista ha sido ni será jamás un lobo estepario -a lo sumo podrá dar mayor rienda suelta a sus inclinaciones revolucionarias, inconformistas y destructivas que a otros aspectos de su praxis¹⁵.

La escena, sin embargo, no alcanza contornos claros, instructivos y edificantes a partir de este supuesto de no-totalidad; más allá de la confusión que deja, incluso hay que añadir otra: cada gesto de inclinación libertaria o no-conformista producirá reverberaciones (praxis bajo su sombra) que, si se sustentan en la imagen del gesto libertario inaugural, en su inscripción cultural efectiva opera como *negocio* o como un procedimiento burgués ordinario. Es como señala Hesse, en 1961, en relación con la apropiación cultural de su obra:

Me parece que, de todos mis trabajos, El lobo estepario es el que ha sido más frecuente y violentamente malentendido [...] A menudo me he encontrado con lectores que -aunque bastante impresionados por el libro- extrañamente entienden sólo una parte de lo que pretendía. Me parece que tales lectores se reconocieron en el Lobo estepario, se identificaron con él, sufrieron sus dolores y soñaron sus sueños¹⁶.

Cabría preguntarse si la “extraña” apropiación a la que él se refiere no sería en el sentido de la concepción freudiana de *Unheimliche* -uno no esperaría encontrarla, pero es familiar, quizás demasiado familiar¹⁷. Y esto se debe a que la incompreensión a la que se refiere Hesse no sorprende en absoluto. Es evidente que la obra presenta minucias y complejidades que trascienden el esquema del “hombre burgués versus lobo estepario”, y de eso se trata precisamente; pero, sin embargo, la fascinación de la obra reside precisamente en esta oposición, y en la forma en que esta oposición progresa, escala, crece y, en un pico de tensión, estalla. Desde el punto de vista de la psicología de Hesse, se trata de la superación, y por lo tanto, del abandono de la dicotomía, y el lobo deja de ser la cuestión, con lo que dejaríamos atrás la dicotomía. Pero esta explosión final no expulsa de la escena el hecho de que es ella la que, organiza el libro, de forma que su superación final no implica su superación absoluta o retrospectiva -y el hecho de que el libro se llame “Lobo estepario” ratifica su lectura, dando incluso la impresión de que Hesse podría haberlo previsto.

Pues bien, se puede suponer que, en lo que al psicoanálisis se refiere, ocurriese algo similar. El descubrimiento de Freud tiene una inclinación revolucionaria frente al *Zeitgeist* de la época, lo que organiza un primer movimiento de adhesión identitaria totalizadora y acrítica, la que a su vez está marcada por la ambigüedad: la adhesión sumisa a la revolución¹⁸ del maestro. Con la institucionalización del psicoanálisis se produce un redoblamiento de este fenómeno, en la medida en que pasa a existir un “conformismo burgués desde adentro” (dirigido a olvidar la radicalidad del descubrimiento freudiano o a la dilución de la radicalidad de la praxis prescrita por ella). Existiría, interpuesto entre estos conformismos, como un fugaz punto de fuga, siempre en movimiento, la posibilidad de un compromiso efectivamente rebelde, que deseaba movimiento, cambio, liberación -pero esta posibilidad se envuelve en un movimiento deseante y en una especie de compromiso por la libertad del deseo por parte de quien lo desease, entre otras razones porque todo psicoanalista es, hasta cierto punto, burgués.

Podemos pensar que el psicoanálisis produce este choque entre conformismo e inconformismo entre su propia gente, por lo que la figura del lobo solitario acaba presentándose allí, en la oficina, en la sala de estar. Entendemos este choque (entre el psicoanalista burgués y el psicoanalista lobo) como una manifestación de la propia “cosa” psicoanalítica, en su dimensión teórica (consciente versus inconsciente, Yo versus Ello versus Superyó), en su dimensión formativa (yo versus mi analista didáctico, mi estilo clínico versus mi supervisor, mis inclinaciones creativas versus la ortodoxia de la institución en la que circulo) e incluso en su dimensión política (psicoanálisis versus psicoterapias de “ingeniería conductual”, psicoanálisis versus farmacoterapias, psicoanálisis versus “tiempos líquidos”). Todas estas son manifestaciones en las que “el lobo” muestra los dientes, y que se remontan al “espléndido aislamiento” de Freud, Freud-lobo solitario.

Ante este panorama, nuestro desafío sería como superar el esquema relativista y conformista que de él se deriva, en busca de indicios sobre el estatus de pertenencia y las condiciones de compromiso institucional que no son ni tan lobo ni tan cordero.

¿QUIÉN TIENE MIEDO DEL LOBO SOLITARIO?

Pretendemos ahora extraer de la discusión anterior sus consecuencias directamente referidas al juego de las afiliaciones identitarias y al rol del “innovador” en el psicoanálisis.

La soledad parece un aspecto inevitable y ambiguamente cultivado de distinguidos psicoanalistas (Freud, Ferenczi, Lacan, Winnicott, cada uno con la soledad que se merecía), pero no es tratada por ellos como un “estepario” -ni mucho menos. La soledad asociada a ellos parece un corolario de sus tendencias renovadoras del movimiento, y el movimiento aquí implica necesariamente a la comunidad psicoanalítica de su época; las obras de estos hombres son famosas porque trabajaron duro para que sus opiniones, propuestas e innovaciones fueran entendidas y difundidas entre sus contemporáneos (y hacia la posteridad). La soledad en la que se encuentran involucrados, por lo tanto, puede asociarse más directamente con el deseo de liderazgo¹⁹, y cada líder de manada es hasta cierto punto un miembro aislado del grupo -por eso decimos que no es un estepario: porque lo estepario se trata de un aislamiento de una marginalidad absoluta, mientras que la soledad de los grandes nombres del psicoanálisis no se trata de su aislamiento sino de su excepcionalidad.

Esta soledad, por supuesto, no los saca del circuito, no hablan “desde afuera”; según Freud, quien hablara del psicoanálisis (o al psicoanálisis) desde tal exterioridad sería “salvaje” o resistente, y a ellos, Freud aclara, no se les debe dar crédito²⁰. Hay en este contexto un caso notable y atípico: Georg Groddeck.

Georg Groddeck (1866-1934) fue médico, director del Sanatorio de Baden Baden y, desde 1917, interlocutor de Freud y psicoanalista. En su primera carta enviada al maestro vienés, no sin ironía, le preguntó: “¿puedo entonces llamarme psicoanalista?”; en la carta de Groddeck decía que había entrado recientemente en contacto con los escritos de Freud y descubierto, no sin sorpresa, que Freud usaba ideas y conceptos que él también usaba -así la pregunta de Groddeck está marcada por el contexto “ya que descubrí las mismas cosas que Ud., ¿puedo llamar a lo que hago como Ud., lo llama?”. Freud lo “permitió” y a partir de entonces Groddeck pasó a autodenominarse “psicoanalista salvaje”, de una manera muy coherente, ya que, como decía Freud, psicoanalista salvaje sería aquel que “no comparte el punto de vista de la psicosexualidad” y que, por esto “no tiene derecho a exponer tesis psicoanalíticas”²¹ y Groddeck, de hecho, no suscribió aspectos importantes de la teoría freudiana²².

Groddeck es parte de la historia del psicoanálisis, pero trabaja desde el borde, no ha participado en reuniones comunitarias ni políticas institucionales, y su nombre es mucho menos conocido en el contexto de la teoría psicoanalítica que los de Ferenczi, Klein, Winnicott, Lacan; era, como hemos visto, un “psicoanalista salvaje” que asumía su título con orgullo -esto, es bueno enfatizarlo, no lo coloca por encima ni por debajo de cualquier otro psicoanalista, pero ayuda a comprender cómo la “soledad” o la “innovación” de los psicoanalistas distinguidos ópera. Los trabajos de renovación conceptual, clínica o institucional propuestos por los grandes nombres de la historia psicoanalítica operan en la tensión entre el trabajo del lobo y el trabajo de las ovejas, y en el movimiento tensional resultante afecta la condición de manada y de rebaño de los afectados. ¿Hay una ruptura? Sin duda, -cuando Lacan reacciona a la comisión de la API que limitó su actuación como didáctico (proceso que calificó, de manera imprecisa, de “excomunió”²³), su gesto es de ruptura- y, sin embargo, serían incomprensibles sin hacer referencia a su grupo de origen, y sus innovaciones son al mismo tiempo la creación de un espíritu de “manada” (en el que él es el líder), espíritu de “manada” (ladrando y mordiendo el fantasma de la IPA y la praxis que operan allí) y la creación de una nueva superficie de conflicto (de la que surgirán generaciones de nuevos lobos, que eventualmente atacarán a Lacan como a un “pastor burgués”).

En definitiva, lo que proponemos aquí es que se preste menos atención a las bravatas articuladas en torno a los autores o sus innovaciones como insignia de lo nuevo o de lo viejo como valor estanco. Freud era lobo

y oveja, era líder revolucionario y pastor, al igual que Ferenczi (algo a posteriori, dada su prohibición de Jones durante décadas -hoy, sin embargo, su difusión como líder es discutible, lo mismo ocurre), y Klein y Winnicott y Lacan. Por el contrario, se debe prestar más atención a la circulación que surge de la praxis de los agentes de una determinada comunidad psicoanalítica; suponemos que con esta atención se puede ver cuántos teóricos aficionados al discurso de la “plaga” y la revolución operan como líderes de rebaño o candidatos a pastor, mientras varios otros psicoanalistas circulan y trabajan estrechamente vinculados a la estepa y (no por casualidad) desconectado del estremecimiento de la crítica y/o la revolución político/cultural/institucional.

Y entonces vemos una cierta inversión del escenario publicitariamente sugerido -la observancia a los textos y la figura de un psicoanalista “crítico”, por ejemplo, no garantiza un espíritu crítico. Esto no quiere decir, en absoluto, que estar vinculado a tal “tipo” de psicoanalista signifique ser conservador o ser una oveja del rebaño; simplemente significa que no tenemos garantías: invertimos la lógica habitual para demostrar el valor de la sospecha, no para estabilizar nuestra huida en el entendimiento de que lo contrario es hoy el dar la cara.

CONSIDERACIONES

No pretendemos agotar aquí ninguna cuestión específica -lo que nos garantiza una mayor posibilidad de éxito en lo poco que pretendemos: proponer que retomemos el alejamiento frente a las bravatas que rodea a un psicoanálisis “subversivo” o bravatas que afirman que el psicoanálisis resulta del apoyo de tal o cual gesto, gesto o código de conducta. Actuamos en este texto, por lo tanto, tratando de “hacer estallar” el tema de la pertenencia y de la “otredad” en el contexto del psicoanálisis.

Todo psicoanalista, presente él o no una postura crítica y subversiva, tiene una vida cotidiana más o menos burguesa: la tenía Freud, la tenía Lacan, la tenía Ferenczi, la tenemos nosotros. Esto no invalida la afirmación de que los grandes nombres del psicoanálisis promovieron las subversiones, porque obviamente las promovieron; sin embargo, es necesario recordar que finalmente fueron absorbidos e incorporados por las máquinas cotidianas. Algo de lo que hace el psicoanalista es del orden de la peste, sin duda, pero eso no funciona ahí donde el psicoanalista se enorgullece de decirlo.

Si pudiéramos resumir todo nuestro argumento en un cuadro, tal vez podría ser éste: entre el burgués y el lobo se insinúan otras formas, y en la aparente apatía del burgués se esconden el coraje, la vergüenza y la audacia, así como en el aparente salvajismo del lobo se disimula la ironía, la torpeza, la vergüenza, la sonrisa del payaso; no apoyamos, como no lo hizo Hesse, la búsqueda del lobo estepario como la realización de alguna potencia prometida, pero creemos en el aspecto fructífero y revelador de la búsqueda de lo potente y lo virtual. Esto es: sin miedo al lobo malo, sin idealización del lobo estepario y, a la inversa, sin miedo a la institución castradora y sin idealización de la verdadera institución.

De acuerdo con nuestra propuesta, no elogiamos ni condenamos a las instituciones, ni a una u otra institución en particular. Nos parece que la condición de soledad, así como la condición gregaria, no está directamente relacionada con la posición del psicoanalista en relación a las instituciones (ser o no ser miembro, ser o no ser “importante”); nos parece, por otro lado, que el “tensionamiento” de la trama institucional a menudo funciona en beneficio de la institución en cuestión, o en beneficio de la riqueza y el poder del pensamiento psicoanalítico de la época. El propio François Roustang manifestó en una visita a Brasil que estaba agradecido con las instituciones psicoanalíticas (las mismas que estudia críticamente en sus publicaciones)²⁴ en la medida en que existen, son accesibles al estudio y sujetas a críticas.

Cabe señalar, en este contexto, que nos parece crucial a nuestro entender que no existan intervenciones legislativas con vocación totalitaria (ni por una u otra institución, ni por el Estado) como condición para la posibilidad de este proceso institucional y sus repercusiones en la teoría, la técnica y la circulación institucional. En esa medida, se nos hace creer que la riqueza institucional en el psicoanálisis opera en gran medida *incluyendo* estas tensiones, que pueden entenderse como críticas en el sentido más fuerte del término; de ser así, la figura del aislamiento en el contexto de las instituciones psicoanalíticas puede

entenderse como un elemento necesario para la composición de marginalidades, disidencias, disputas e innovaciones. En contraposición a esta hipótesis, plantearíamos otra: las instituciones psicoanalíticas sofocarían este proceso en la medida en que pasteuricen u homogeneicen la circulación de sus miembros, en la medida en que la pasteurización entorpezca procesos salvajes. Esto no significa que las instituciones se enriquezcan cuanto más “liberales” son: solo significa que la marginalidad y la subversión deben poder sobrevivir a las reglas -no nos parece que esto implique ningún “elogio de la subversión” o una invitación a la liberalidad en las prácticas, sólo implica que el pensamiento totalitario en psicoanálisis (como en otros lugares) será empobrecedor.

* Wilson Franco es psicólogo y psicoanalista, doctorando en Psicología Clínica, autor de los libros *Autorização e angustia de influência em Winnicott* (Casa do Psicólogo, 2014) y *Gente Só* (Chiado, 2013). Correo electrónico: wilsondeacfranco@gmail.com

** Daniel Kupermann es profesor de doctorado en el Departamento de Psicología Clínica del Instituto de Psicología de la Universidad de São Paulo (USP), beca de productividad investigadora del CNPq, psicoanalista miembro de la Formación Freudiana (RJ), autor de varios artículos publicados en revistas nacionales. y revistas especializadas. y de los libros *Estilos do cuidado: a psicanálise e o traumático* (Zagodoni), *Transferências cruzadas: uma história da psicanálise e suas instituições* (Escuta), *Ousar rir: humor, criação e psicanálise*, e *Presença sensível: cuidado e criação na clínica psicanalítica*, ambos publicados por Civilização Brasileira.

Correo electrónico: danielkupermann@gmail.com

REFERENCIAS

- ANUÁRIO BRASILEIRO DE PSICANÁLISE, volume 1, número 1, 1991.
- ÁVILA, Lazslo Antonio (1999) O telescópio e o caleidoscópio: o inconsciente em Freud e Groddeck. *Psicologia USP*, São Paulo, v. 10, n .1, pp. 157-168.
- ELLENBERGER, Henri (1970) *The Discovery of the unconscious*. New York: Basic Books.
- FREUD, Anna (1978) Difficultés survenant sur le chemin de la psychanalyse [Trad. D. Wildlöcher]. *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, Paris, n. 10, pp. 203-224.
- FREUD, Sigmund (1910) “Psicanálise silvestre”. In: Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Trad. sob direção de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago, 1996.
- _____. (1914) “A história do movimento psicanalítico”. In: Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Trad. sob direção de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago, 1996.
- _____. (1917) “Uma dificuldade no caminho da psicanálise”. In: Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Trad. sob direção de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago, 1996.
- _____. (1919) O estranho, in: Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Trad. sob direção de Jayme Salomão. Rio de Janeiro: Imago, 1996.
- GAY, Peter (1988) *Freud: uma vida para nossos tempos*. Trad. D. Bottmann. São Paulo: Companhia das Letras, 2012.
- GITELSON, Maxwell (1954) Therapeutic problems in the analysis of the ‘normal candidate’. *International journal of psychoanalysis*, London, vol. 35, pp. 174-183.
- HESSE, Hermann (1927) *O lobo da estepe*. Trad. I. Barroso. Rio de Janeiro: Bestbolso, 2015.
- _____. (1961) “Posfácio”. In: *O lobo da estepe*. Trad. I. Barroso. Rio de Janeiro: Bestbolso, 2015.
- KUPERMANN, Daniel (2014) *Transferências cruzadas: uma história da psicanálise e suas instituições*. São Paulo: Escuta.
- LACAN, Jacques (1964) *O Seminário 11, livro 11: os quatro conceitos fundamentais da psicanálise*. Trad. M.D.Magno. Rio de Janeiro: Zahar editores, 1979.

- _____. (2001). “Ata de fundação”. In: Outros escritos. Trad. V. Ribeiro. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2003.
- _____. (1986) “Séminaire de Caracas”. In: Almanach de la dissolution. Paris: Navarin.
- NASIO, Juan-David (1995) Introdução às obras de Freud, Ferenczi, Groddeck, Klein, Winnicott, Dolto, Lacan. Trad. V. Ribeiro. Rio de Janeiro: Zahar.
- REVISTA PERCURSO, número 45. São Paulo, Instituto Sedes Sapientiae.
- ROUDINESCO, Elisabeth (2008) Jacques Lacan: esboço de uma vida, história de um sistema de pensamento. Trad. P. Neves. São Paulo: Companhia de bolso, 2008.
- _____. (1995) Genealogias. Trad. N. Ladvocat Cintra. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- _____. (1988/1989). Historia da psicanálise na França (2 volumes). Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- ROUSTANG, François (1976) Um destino tão funesto. Trad. J. Bastos. Rio de Janeiro: Timbre-Taurus.
- RUSSO, Jane (2002) O mundo psi no Brasil. Rio de Janeiro: Zahar.
- ZYGOURIS, Radmila (2011) Psicanálise e psicoterapia. Trad. C. Koltai. São Paulo: Via Lettera.

Publicado en: Lacuna: uma revista de psicanálise, Nº 5, pp. 6, São Paulo, 2018.

Versión electrónica: <https://revistalacuna.com/2018/06/04/n05-06/>

Volver a Bibliografía Georg Groddeck
Volver a Newsletter-17-ALSF-ex-71

Notas al final

- 1.- Varios autores discuten temas relacionados con la constitución de la IPA, de los cuales se destacan Grosskurth, 1990, y Gay, 1988. Sobre las instituciones que promueven rupturas en relación con la IPA, sugerimos Roudinesco, 2008, y, en el caso de Brasil, Russo, 2002.
- 2.- A pesar de la afirmación, repetida más de una vez, de que la responsabilidad de la creación del psicoanálisis recaía en Breuer y no en él mismo; nos parece, sin embargo, que si Freud se apresura a traspasar a Breuer la responsabilidad del descubrimiento inaugural, todavía se siente solo cuando se trata de “hacerse cargo de la criatura”, algo que Breuer nunca hizo en realidad. En cuanto a la relación de Freud con la soledad, consultar los argumentos de Ellenberger en “El descubrimiento del inconsciente” (1990) y en las páginas 88-90 del libro “Genealogías”, de Roudinesco (1995)
- 3.- FREUD, Sigmund (1914) “La historia del movimiento psicoanalítico”. En: Edición Estándar Brasileña de las Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Río de Janeiro: Imago, 1996.
- 4.- LACAN, Jacques (2001). “Actas de Fundación”. En: Otros escritos. Trans. V. Ribeiro. Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2003.
- 5.- LACAN, Jacques (1986) “Séminaire de Caracas”. En: Almanach de la dissolution. Navarin, París, pág. 86.
- 6.- En Transferencias cruzadas -una historia del psicoanálisis y sus instituciones (Kupermann, 2014)- se presentan algunos elementos históricos y buena parte de la bibliografía dedicada al tema. Algunos *dossiers* también abordaron el tema, como el *dossier* sobre instituciones psicoanalíticas publicado en el primer volumen de la primera edición del Anuário Brasileiro de Psicãnia, en 1991, y el *dossier* sobre formación en psicoanálisis publicado por Revista Percurso en 2010.
- 7.- FREUD, Anna (1978) Difficultés survenant sur le chemin de la psychanalyse. Nouvelle Revue de Psychanalyse, Paris, n. 10.
- 8.- HESSE, Hermann (1927) El lobo estepario. Trans. I. Barroso. Río de Janeiro: Bestbolso, 2015.
- 9.- HESSE, Hermann (1927) El lobo estepario. Trans. I. Barroso. Río de Janeiro: Bestbolso, 2015, p. 54.
- 10.- El libro de Hesse organiza la trama en torno a la dicotomía “lobo estepario versus hombre burgués”. Siempre que hablemos de “burgués” en el presente texto, nos estaremos refiriendo a esta dicotomía, inscrita en esta problemática.
- 11.- Como sugiere la famosa canción “Born to be wild”, de la banda... Steppenwolf (“Steppen wolf”, en el original alemán).
- 12.- FREUD, Sigmund (1917) Una dificultad en el camino del psicoanálisis, en: Edición brasileña estándar de las Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Río de Janeiro: Imago, 1996.
- 13.- En este contexto, sin embargo, es probable que la primera generación de psicoanalistas fuese más “salvaje” en la búsqueda del psicoanálisis, ya que en ese momento era efectivamente una contracultura, a diferencia de las generaciones posteriores que buscaban un psicoanálisis ya asimilado e institucionalizado (cf. Gitelson, 1954). Debemos dar crédito a Anna Freud por esta idea.
- 14.- HESSE, Hermann (1927) El lobo estepario. Trans. I. Barroso. Río de Janeiro: Bestbolso, 2015, p. 87.
- 15.- No podemos analizar este aspecto con mayor detalle, pero es importante destacar que esta discusión está ligada a la de la naturaleza de la contribución de los psicoanalistas al psicoanálisis como patrimonio cultural: la clínica del “lobo estepario” de Ferenczi, la teorización “lobo estepario” de Freud, la actuación “lobo estepario” institucional lacaniana y winnicottiana del (de diferentes maneras) - quizás, en este sentido, más allá de la “transmisión de resistencias” a la que se refiere Zygouris (2011), conlleva una “transmisión de insistencias” o “transmisión de no inconformidades”.
- 16.- HESSE, Hermann (1927) “Epílogo”. En: El lobo de la estepa. Trans. I. Barroso. Río de Janeiro: Bestbolso, 2015.
- 17.- FREUD, Sigmund (1919) “El extraño”. En: Edición Estándar Brasileña de las Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Río de Janeiro: Imago, 1996.
- 18.- El término “revolución”, como sucede con “burgués”, aparece aquí referido al imaginario promovido por Hesse para una problemática convertida en causa -sabemos que mucho de lo que ocurre en las instituciones es reforma, no revolución.
- 19.- Por supuesto, no nos corresponde a nosotros juzgar o valorar tal deseo de liderazgo, y en esa medida no lo estamos tratando como algo bueno o malo en sí mismo.
- 20.- El texto en el que Freud trata directamente este tema fue traducido en la Edición Estándar de Editora Imago como “Psicoanálisis Silvestre” (Freud, 1910); el título en alemán, “Über ‘wilde’ psychanalyse”, incluye una traducción del tipo “psicoanálisis salvaje”; nos parece, sin embargo, que el término “salvaje” tiene asociaciones más cercanas al campo de la problematización que Freud propone; en tanto que “silvestre” si bien refiere a algo indómito y bravío, aunque también a algo que “crece espontáneamente” y que es “peculiar a un área o región”, y en la medida en que el término “silvestre” elimina del título su referencia a algo violento y no sometido a pactos civilizados.
- 21.- FREUD, Sigmund (1910) “Psicoanálisis Silvestre”. En: Edición Estándar Brasileña de las Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud. Río de Janeiro: Imago, 1996
- 22.- Para más información sobre la trayectoria de Groddeck en el contexto del psicoanálisis, remitimos al lector a Nasio (1995) y Ávila (1999).
- 23.- Una discusión de los elementos involucrados en el término elegido se puede encontrar en Roudinesco (1988). Lacan se refiere al proceso como “excomuniación” en el Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (Lacan, 1964).
- 24.- ROUSTANG, François (1976) Un destino tan desastroso. Trans. J. Bastos. Río de Janeiro: Timbre-Tauro.